

DON QUIJOTE



Simbolismo.



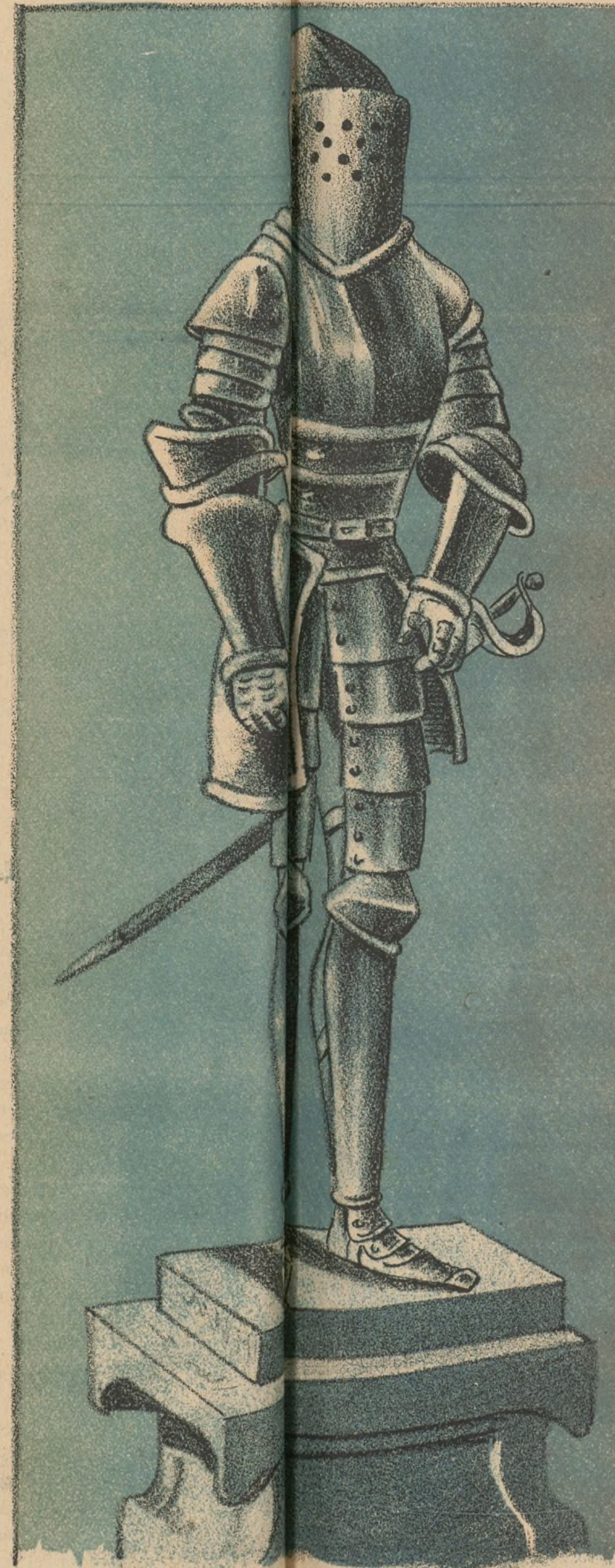
Oposición fin de siglo.



Y uno, sin decirme nada,
me pegó una bofetada,
¡por cierto que me chocó!



Aquí no ha pasado nada.

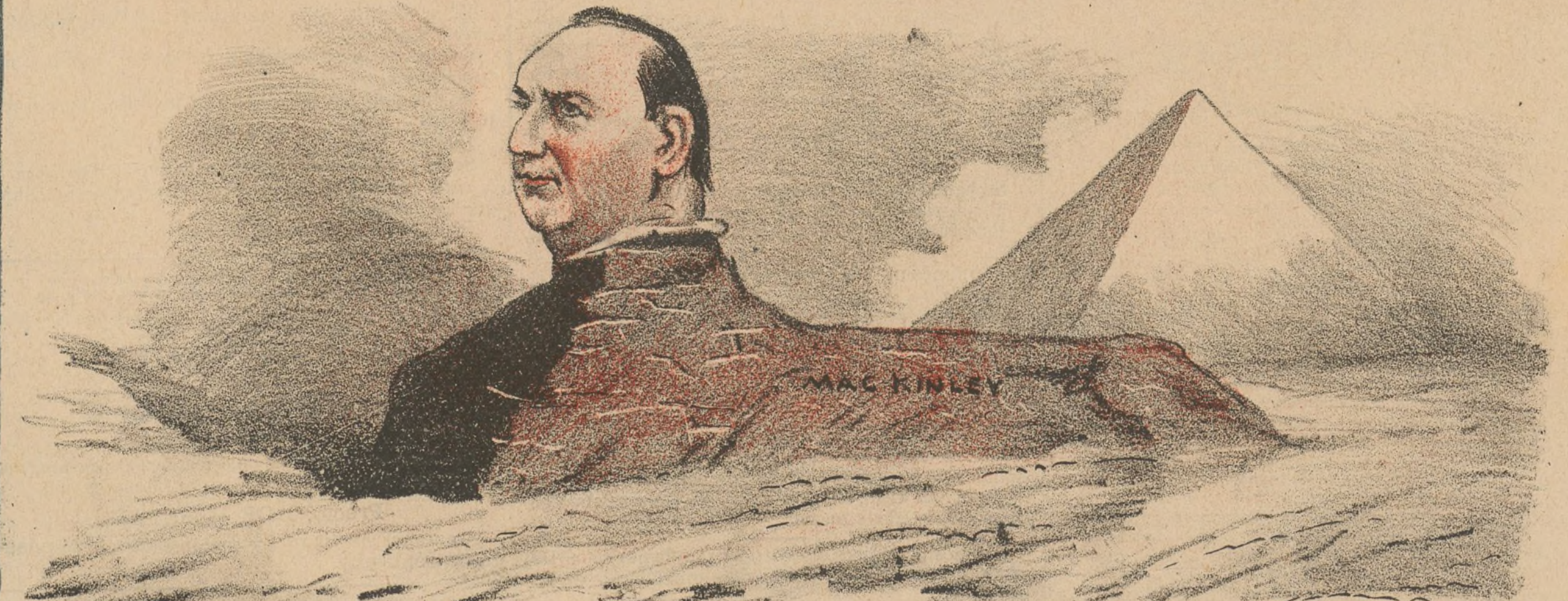


Lit. de la Viuda de M. Bautista, Jesús del Valle, 22.

Modelo para concurrir
al Senado



Navajeo político.



La esfinge.

¡Y para ver tal situación
sufrimos tanta humillación!

—¿A dónde vamos?—dijo Perico al compañero que tenía más cerca.

—A... no sé donde. A Samatrang, á Sucarrang, á Sotalbang... Aquí casi todos los pueblos se llaman así. Lo único que sé es que vamos á tener faena.

—¿Y el general?

—¿Qué general?

—Aquel que ha venido en el mismo barco que nosotros, que dicen que sabe tanto.

—No viene. Se ha quedado en casa. No está bueno.

—Y entonces ¿quién nos dirige?

—No sé: otro general. ¡No hay aquí pocos, gracias á Dios!

Mientras tanto llegaron á su puesto.

Comenzó el fuego, comenzaron las privaciones y las heroicidades. Los Napoleones anónimos que no saben leer discursos, ni tienen opinión propia, ni preguntan más si no donde se encuentra el enemigo avanzaron, como una gigantesca oleada de fuego, de hierro y de valor y caminaron diez ó doce días de victoria en victoria.

Samatrang, Sucarrang, Sotalbang... aquellos pueblos que tienen todos un nombre parecido cayeron uno tras uno en poder de Perico y de los demás Pericos que con él iban.

Después de cada victoria, el chico preguntaba:

—¿Y el general?

—¿Quién? ¿El que se embarcó con nosotros? Continúa enfermo. No puede salir de su casa.

Un día Perico se sintió herido. ¿De bala? De nada: no sabía de qué. De fiebre, de anemia, de debilidad, de una de aquellas enfermedades que matan á hurtadillas, sin ruido...

El médico le dijo inmediatamente:

—Perico, ¡á España!

Y Perico volvió.

Volvió hecho una calavera, moviéndose como un autómata, respirando como una manga rota, una sombra triste de lo que era al marcharse.

Trató de cobrar sus alcances, pero en las oficinas le hablaron con toda franqueza:

—No hay fondos. Cuando llegue el momento, ya se le avisará.

Pidió el auxilio de alguna sociedad benéfica.

—¿Dónde está usted herido? le preguntaron.

Perico no supo qué responder, y se volvió silenciosamente á la calle.

Anduvo, anduvo mucho. Recorrió calles y plazas, rodó por los paseos, divagó por la Rambla, siempre adelante, hasta dar vista al mar.

—¡Hola!—dijo Perico, acercándose á un bonito arco de triunfo, que allí se alzaba,—¿por quién es esto?

—Por aquel general que marchó contigo.

—¿Por él? ¿Qué ha hecho?

—Ha conquistado Samatrang, Sucarrang, Sotalbang.

—¿Él?...

Perico tuvo ganas de reirse, pero la aparición de una carretela que en aquel momento pasaba debajo del arco, le contuvo.

—¿Quién es el general que va en el coche?

—El —le dijeron—el de Samatrang, Sucarrang, Sotalbang.

Perico fijó en él la mirada y dando rienda suelta á la risa, contenida largo tiempo, exclamó con no fingida satisfacción:

—¡Gracias á Dios! Ya que no pude verle á bordo ni al desembarcar, ni en los combates que hemos reñido, al menos tengo el gusto de verle pasar bajo un arco de triunfo...

Y Perico se puso á reir con más ganas, con muchas más ganas que antes.

A. MARCH.

(De *La Esquella de la Torratxa*.)

QUISICOSAS

Le dijo un alto empleado á un conocido torero:
«Usted se arrima á los toros muy poco.» Y replicó el diestro:
«Y usted, en cambio, se arrima demasiado al presupuesto, y *mangue* la vida expone, pero usted qué expone... ¡Cuernos!»

—Señora doña Patricia, ¿qué tal vamos?

—¡Mal, señor!

Voy á quedarme sin bienes, si no lo remedia Dios.

—¿Por qué no busca, señora, un buen administrador?

—A dos administradores conozco tan solo.

—¿A dos?

—A dos, y si el uno es malo, amigo, el otro es peor.

—Pues le digo que su hacienda no podrá prosperar, no, mientras que no la administre un nuevo administrador.

—¿Qué hay de nuevo, don Marcial?

—Que, según tengo entendido, un barrendero ha salido en un pueblo concejal.

—Que sea edil, bien lo encuentro, y muchos de esos que hubiera; pero siempre que les diera por no barrer... hacia adentro

—De todas las sopas, hijo, ¿cuál te gusta más?

—La sopa...

—¿De arroz?

—No.

—¿La de fideos?

—No, señor, la sopa boba

VICENTE RUBIO.

LA INMORALIDAD EN CUBA

LAS ADUANAS

Dijimos en el artículo anterior, que cuando existía un empleado aduanero no confabulado, los géneros pasaban á los almacenes del comerciante receptor, y en éstos esperaban cuarenta y ocho horas la presentación de la hoja jurada, visada por el agente consular español en el puerto norteamericano de salida. Pero lo extraño no está sólo en este hecho, tan extraño en sí, sino que esto se hace sin que hayan sido pesados, medidos y clasificados en la aduana los bultos, sin ninguna clase de confrontación. ¿Que qué suerte alcanza la denuncia? La burla más mortificante. En admirable consorcio, empleados prevaricadores y comerciantes contrabandistas, los bultos confiados á la probidad del que ni aún sabe lo que es eso, sufren, sin testigos molestos y en las obscuridades del almacén, las transformaciones adecuadas para ajustarse á la hoja manifiesto entregada para el aforo en la aduana. Después de tan persuasiva lección, el vista honrado, queda convencido que el único contrabando que no pasa por las aduanas de Cuba, es eso, la honradez, y escoje entre las dos soluciones que tiene á su disposición, ó renunciar el destino ó hacer lo que los demás.

Si elije esto último, pronto deja pequeño al más hábil escamoteador. Para ello no tiene más trabajo que copiar á sus compañeros de nómina y de prestidigitación y todas las substituciones le serán posibles y aun fáciles, auxiliado expertamente por sus cómplices los comerciantes contrabandistas, esos eternos é incansables predicadores de la moralidad administrativa, los constantes anatematizadores de la gestión española en la isla.

¿Se trata de joyería fina? Al oro se le pone careta. El gran señor pasa disfrazado de mendigo, los compuestos de ázoe ó de zinc realizan el milagro, y las más costosas joyas, gracias á la experta manipulación, semejan miserables objetos de bisutería de última batida. Después de pasadas las estrechuras de la Aduana y de aduadar por la entrada unos viles centavos, el gran señor recobra sus esplendores. Desde el escaparate del joyero en moda atrae y tiraniza la atención de los transeúntes y pone en aprieto la rellena bolsa del opulento. Un ácido que precipite la capa del baño, frotaciones con cañamazo para limpiarla y unos pases con la gamuza para hacer patente el brillo deslumbrador del bruñido, bastan para el milagro.

¿Que cómo ocultan la pedrería en las joyas? La empresa es fácil; se las cubre con una pasta, y sobre ella se le da el baño de metal. El procedimiento para pulimentarlas después, ya lo hemos indicado.

Y por estos medios, y otros que iremos denunciando, la renta de Aduanas de la isla de Cuba pasa á ser patrimonio de unos cuantos señores, vírgenes de escrúpulos, y que, después, y merced á tan honrados procedimientos, pasan á ser diputados ó personajes influyentes. Esto es, gracias á estas manipulaciones, llegan á formar las leyes los que, si éstas se cumplen, estarían en los presidios con un grillete al tobillo.

LANZADAS

Se han leído en el Congreso los nuevos presupuestos. Y, ¡oh portentosa fantasía reverteriana!

Esta vez el *superavit* se eleva á diez millones de pesetas.

¡Corramos un velo sobre los cálculos del ministro de Hacienda!

Porque bien mirado ese *superavit* aterra.

¡Sobramos todavía á nosotros diez millones de pesetas!

¡Por favor, que eso es más fuerte aún que un *suelto* de *La Epoca*!

Las relaciones entre el Gobierno y la minoría liberal se han roto á consecuencia de una bofetada.

Vaya, está visto, en este país sólo se consiguen las cosas empleando la fuerza.

Algunos periódicos se escandalizan de que en el Depósito judicial hay hace ocho días un cadáver sin enterrar.

Y, francamente, la cosa no es para tanto.

Desde el 74 está en España insepulta la vergüenza y todavía no han pedido esos y otros colegas que la entierren.

Los ministeriales echan la culpa al Sr. Sagasta de que el Senado norteamericano haya votado la beligerancia en favor de los insurrectos.

Y los fusionistas, claro está, protestan y dicen que los culpables de esa vergüenza son los conservadores.

Digamos con el clásico:

«Todos en él pusisteis vuestras manos.»

En toda la semana no se ha hablado nada del general Polavieja.

Menos mal.

Porque créanos el héroe de Parañaque y de los dominicos.

Hay popularidades que matan.

Él pensaba protestar contra la beligerancia; pero... se marchó al Senado y la emprendió á bofetadas.

De un telegrama de París:

«Ha salido para Madrid el director del Banco de París y los Países Bajos.»

¿De veras?

Pues mano á los bolsillos contribuyentes.

Porque la tal noticia huele á empréstito que apesta.

Un periódico anuncia que si el Sr. Cánovas se decide al fin á hacer la crisis, saldrán del Ministerio, además del duque de Tetuán, los Sres. Castellano y Tejada.

Y lo que dirán los interesados:

—¡Pero, D. Antonio, si nosotros somos incapaces de pegar á nadie!

¡Vaya, ya se salió al fin con la suya el Sr. Novo y Colson!

Ya le han vuelto á hacer su drama *La bofetada*.

Y no en un teatro cualquiera, sino nada menos que en el Senado.

La bandera que ondea en el Congreso, según ha observado *El Tiempo*, está hecha girones.

Y no es de extrañar.

¡Así la han puesto, para vergüenza de todos, conservadores y fusionistas!

Leemos:

«Crisis en Dinamarca.»

«Derrota del Gobierno alemán.»

«Contra la monarquía griega.»

¿Se enterá usted, D. Antonio?

¡El mundo marcha!

¡Tararil! ¡Tararil!

De *El Correo Militar*:

«TEATRO DE LA COMEDIA

A petición del público se verificará la *reprisse* del aplaudido drama en un acto, con cañones y sin pólvora, original del Excmo. Sr. D. Manuel Pavía y Rodríguez de Alburquerque, titulado *El tres de Enero*»

¡Ah! ¿Pero vuelven á estar en moda esos espectáculos?

Pues por nosotros...

¡Arriba el telón!

¡Atiza!

De la pulera y atildada *Epoca*:

«*El Correo Español* se desata anoche en rebuznos contra *La Epoca*».

Tratándose de irracionales, no tenemos que contestar más que una sola palabra:

¡Sólo!

¿Lo ven ustedes?

¡Si no hay como ser aristócrata para decir las cosas cortés y finamente!

El Sr. Cánovas insiste en afirmar que el duque de Tetuán es irremplazable en el Ministerio de Estado.

Y tiene razón que le sobra el presidente del Consejo.

Porque no hay otro hombre en todo el partido conservador como ese.

Ni que tenga su mano derecha.

Ahora resulta que los Estados Unidos nos han dispensado una nueva merced votando la beligerancia.

¡Si ya lo decíamos nosotros!

¡No hay nada más agradable que le den á uno con la badila en los nudillos!

El Sr. Sagasta, según las últimas noticias, continúa muy indignado.

Solamente que la indignación de D. Práxedes no trasciende al público.

Es una indignación para andar por casa, como si dijéramos.

Libros:

Se ha publicado el décimo cuaderno de *Barcelona á la vista*, que está editado en iguales condiciones de lujo que los anteriores.

Precio de cada cuaderno, 35 céntimos.

Biblioteca de DON QUIJOTE

AMOR

POR

MIGUEL SAWA

Un tomo en 8.º francés de cerca de 200 páginas, con una artística cubierta dibujada por *Demócrito*.

Precio: DOS PESETAS

A nuestros suscriptores y corresponsales: Una peseta 50 céntimos.

Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca, 18.